

y del gobernador que aquel mismo año, por orden de D. Pedro Rivera, visitador general de los presidios, se retiró de la provincia. De los cincuenta soldados se mandaron habitar treinta en la Mesa, diez en Guainamota, y otros tantos en Ixcatán. Los Sres. vireyes habian mandado ejecutar las mas estrechas providencias para la tranquilidad y buen gobierno de aquellos pueblos: que se repartieran entre los indios *cinco mil pesos* por los daños que les hubiesen hecho en la conquista: que á los padres asistiese siempre un soldado de escolta y dos cuando hubiesen de salir á sus pueblos: que no se dejasen sentar plaza foragidos ni solteros: que no se les permitiese tratar ni contratar con los indios, ni entrar en los pueblos sin beneplácito de los misioneros, ni servirse en manera alguna de los indios para sus particulares comodidades. Con estas disposiciones (bien que no todas veces observadas rigurosamente) respiraron algun tanto de sus pasados temores y vejaciones los nayaritas. Era singular la aplicacion y asistencia á la doctrina y á los demas ejercicios de cristianos que pudo llenar de complacencia al Illmo. Sr. Cervantes.

El Sr. obispo de Guadiana (Durango) en cuya jurisdiccion está la mayor parte de nuestras misiones, dejada la expedicion del Moqui, intentó la visita de su vastísima diócesis, que cuasi toda ácia el Poniente y Norueste, debe aquella mitra á nuestros operarios. La Tepehuana, la Topía, la Sinaloa, Ostimuri, alta y baja Taraumara, la Sonora, la Pimería, son otras tantas regiones civilizadas, cultivadas y atraídas á la religion y obediencia de nuestros reyes, *con solo el sudor y sangre de los jesuitas*. En todas ellas halló mucho de que bendecir y alabar á Dios el celosísimo prelado. A la mision de S. Ignacio, que administraba el padre Agustin Campos, bajaron á presentarse á su ilustrísima mas de setenta indios del Sonoidac, del Bac, de Soamea y otras rancherías de sobaipuris y papavotas. Representáronle con demostraciones de no pequeño sentimiento, que habia muchos años que atraídos de la dulzura y caridad de su primer padre y protector el padre Eusebio Kino, habian solicitado padres para instruirse y recibir el santo bautismo: que el dicho padre Kino les habia enseñado á sembrar regularmente, á fabricar sus casas, y cuidar ganado para mantenerse así, y á los padres, que en vano habian esperado muchos años: que entre ellos habia muchos bautizados, y que si no lo estaban todos, era por no haber podido el padre asegurarse de que se les proveeria de ministro: que por orden de S. M. se debian haber destinado para la Pime-

ría ocho padres, lo que jamás se habia verificado aun despues de muchos informes é instancias del padre Kino: que esta dilacion habia sido causa de la perdicion de otras muchas naciones y países que dicho padre tenia ya reconocidas y bien dispuestas, como los yumas, quiquimas, cocomaricopas, hoabonamas y otros habitadores de los grandes rios Gila y Colorado, y aun los mismos apaches, cuya conversion en otros tiempos hubiera sido muy fácil, y hubiera libertado á la Taraumara y Sonora de tan continuos sustos, é inmensos gastos á la real hacienda. El Sr. obispo, penetrado del mas vivo dolor, conferenciada con los padres la materia, y hallando ser verdadero cuanto expresaban aquellos buenos indios, resolvió escribir, como lo hizo, al Exmo. Sr. marqués de Casafuerte, virey, y al padre provincial de la Compañía pidiendo por lo ménos uno ó dos operarios, los que si no podian mantenerse á espensas del rey se obligaba su ilustrísima á mantenerlos á su costa por el bien de aquellas almas. Aun á esta peticion tan autorizada y tan justa, se opusieron dificultades en México, que hicieron al ilustrísimo recurrir á S. M. con el feliz éxito que veremos adelante. La misma representacion que ahora se hace al Illmo. Sr. obispo de Durango habian hecho á fines del año antecedente los mismos sobaipuris al padre rector Ignacio Arzéo; pero estando esta narracion inserta en el informe que de aquellas misiones hizo al Sr. virey el brigadier D. Pedro de Rivera, hemos tenido por mejor vaciar aquí á la letra dicho informe, que es como sigue.

„Exmo. Sr.—A mas de las órdenes generales que V. E. se ha servido ministrarme, la que consta por carta de 20 de junio de 1725, en que se me manda observar el estado que tienen las misiones donde me fuese posible saberlo, por lo que conviene estar V. E. enterado de la forma en que están divertidos los operarios del Evangelio, instruccion en la fé católica de los indios, reducidos á vida política por la gravedad de este punto y repetidos encargos de S. M.; y habiéndolo ejecutado por lo tocante á las misiones de Nuevo-México y Nueva-Vizcaya que hallé á cargo de los reverendos padres franciscanos, ahora pasando por las de Ostimuri, Sonora y Sinaloa, vengo gustoso á informar á V. E. lo satisfecho y complacido que me han dejado las esperiencias del total complemento con que estos ministros se aplican en todas líneas á su obligacion. Las de Sonora y Ostimuri, están en riberas fértiles, en cuyo cultivo logran sus ministros cosechas con que tener bien abastecidos á los indios reducidos á pueblos. Estos, en union

Informe sobre las misiones del obispo de Durango al virey, del brigadier D. Pedro de Rivera.

de casas, forman las misiones en vida política, estando ellos, sus mugeres é hijos decentemente vestidos, y muchos en el traje español, inclinados al trabajo corporal del campo, y las mugeres á la labor y telares con que comercian con los españoles. Hay muchos instruidos en la lengua castellana, y sus ministros todos diestros en varios idiomas, segun los pueblos á quien en ellos administran y predicán. Las de Sinaloa son ménos fructuosas; mas no obstante, se halla igualmente en todas con total decencia el culto divino, excediendo solo las de Sonora y Ostimuri en el mayor adorno de las iglesias, ornamentos y vasos sagrados, en que los padres emplean cuanto adquieren, y en cuyo reconocimiento tiene mucho que venerar y que aplaudir la devocion. Mantienen los ministros entre los moradores de esta provincia mucho crédito, estimacion y respeto por sus loables virtudes, buenas correspondencias, y distribucion de limosnas á los necesitados y misiones pobres. Y en cuanto á la conversion y educacion de los naturales, no tiene que oponer la mas rigurosa censura, porque á mas de estar los ya reducidos bien radicados é instruidos en nuestra santa fé, hay muchos tan adelantados en cada pueblo, que en todos ellos hay capilla de música, de la cual, con los varios instrumentos que les han enseñado sus ministros asisten á los oficios diarios de la Iglesia, atrayendo á ella á los demas, y á la asistencia al continuo rezo y esplicacion de doctrina á los niños y niñas, manifestando todos obediencia, amor y respeto á sus ministros, que son celadores continuos de sus operaciones. Mucho mas pudiera decir de lo que trabajan estos padres para honra y gloria de Dios, propagacion de la fé y bien de las almas, no solo entre las naciones bárbaras que reducen, sino entre los vecinos españoles de estos paises en el pasto espiritual que les comunican y el socorro en sus urgencias; solo añadiré que en las ocasiones que se ofrecen de hacer campaña, contribuyen con largueza dichos operarios con víveres, é indios amigos abastecidos de todo lo necesario, como lo esperimenté en la que acaba de hacer contra los apaches el capitan de presidio de fronteras. Asimismo satisfacen estos ministros á los piadosos deseos del rey nuestro señor, procurando atraer los indios aun gentiles al conocimiento de Dios, en cuya comprobacion, estando en dicho presidio, ví que copia de indios de la numerosa nacion de los pimas vinieron á pedir al padre rector Ignacio Arzeo, que respecto á no tener ministro, les diese el consuelo de ir á bautizar gran número de párvulos, lo que dicho padre ejecutó internándose mas de treinta leguas al Norte: bau-

tizó ciento cuarenta párvulos, y volvió muy compadecido del desconsuelo con que quedaban aquellos naturales de no tener ministro, y no poder él asistirles por la precisa residencia en los pueblos de su cargo. Por lo que juzgo necesario que V. E. procure se envíe uno ó mas ministros para esta nacion de mas docilidad y racionalidad que todas las otras. Esto mismo que he dicho de Sinaloa y Sonora, debo decir de la de Tepehuana y Tarmaura, segun he podido informarme de personas desapasionadas. He juzgado necesario individualizar estas noticias por la complacencia que el celo de V. E. tendrá por ceder todo en servicio de ambas Magestades, y ver ensalzado y alabado en partes remotas el santo nombre de Dios, mediante el insuperable trabajo de tan celosos ministros. Quedo á los piés de V. E. con el mas reverente respeto, pidiendo á Dios guarde á V. E. cuanto deseo y he menester. Real presidio de S. Felipe y Santiago de Janos, y febrero 14 de 1727. Exmo. Sr.—A los piés de V. E.—*D. Pedro de Rivera.*”

Corroborada la peticion de los pimas sobaipuris con los autorizados informes del Illmo. Sr. obispo de Durango y del visitador general de los presidios, obtuvo finalmente de Madrid un despacho feliz de S. M. en 10 de octubre del siguiente año de 1728, mandó dos cédulas al Exmo. Sr. marqués de Casafuerte, y al Illmo. Sr. obispo de Durango: esta segunda, es del tenor siguiente.

El rey.—Reverendo en Cristo padre obispo de la Iglesia Catedral de Durango en la provincia de la Nueva-Vizcaya, de mi consejo. Sabed: En carta de 22 de agosto del año pasado de 1728, me dísteis cuenta de que estando entendiendo en la visita general de vuestro obispado, os salieron al camino en la provincia de los pimas altos mas de setenta indios gentiles, dando á entender deseaban ser católicos cristianos, y no tener ministros que les instruyesen á ello, y que habiendo representado lo referido al virey de Nueva-España, luego que conclústeis la visita á fin de que diese providencia de que fuesen tres misioneros que por entónces bastaban al intento, no lo habia ejecutado, como tampoco el provincial de la Compañía de Jesus de México por decir no tenia orden alguna, sin embargo de haberle insinuado vos no se detuviese en enviar dichos ministros por falta de medios, pues os obligais al costo de su transporte, y mantencion anual; y habiéndose visto en mi consejo de las Indias, con lo que dijo mi fiscal, como quiera que por despacho de la fecha de este, ordeno al referido virey de Nueva-España dé la mas pronta providencia, á fin de que pasen minis-

tros misioneros á la referida provincia de los pimas altos, poniendo este encargo al cuidado de los religiosos de la Compañía de Jesus; de cuya providencia queda asimismo prevenido el procurador general de esta religion, que reside en esta corte, á fin de que por todas partes se pongan los medios convenientes; ha parecido participároslo y daros gracias, por lo que os dedicais al cumplimiento de vuestra obligacion pastoral, de cuyo celo espero concurriréis, como os lo encargo, al fomento de la expresada mision y mejor logro de esta empresa, en que tanto se interesa el servicio de Dios y mio. Fecha en Madrid á 10 de octubre de 1728.—Yo el rey.—Por mandado del rey nuestro señor.—*Andrés del Corobarrutia y Serpide.*

Tales eran las nuevas providencias de S. M. acerca de la reduccion de los pimas. En la California, entre tanto, se dió principio á una mision que desde el año de 1724, habia dotado de su legitima el padre Juan Bautista Luyando. Este famoso jesuita, no contento con haber ofrecido y dedicado á la salud de los californios aquella parte de sus bienes, quiso tambien consagrarse á sí mismo, pidiendo con instancia á los superiores ser enviado á aquellas misiones, como lo consiguió acabados sus estudios el año de 1727. Desde entónces, mientras el nuevo ministro se imponia en el idioma y costumbres del pais, fué enviado para disponer á la reduccion los ánimos el padre Sebastian de Sistiaga, aunque de mucho tiempo atras por los años de 1706 habian aquellas rancherías manifestado bastantemente al padre Piccolo sus buenos deseos. El sitio era en la sierra de S. Vicente ó arroyo del Carrizal, que los naturales llaman *Kadda Kaaman*. La nacion es de los Cochimies de la gente mas dócil y ménos brutal de la California. Habiendo pasado allá por enero de este año el padre Juan Luyando acompañado del padre Sebastian de Sistiaga y nueve soldados, fué tal el fervor de los catecúmenos, que muy en breve se pudieron comenzar los bautismos, fabricarse casa é iglesia, que se dedicó solemnemente por diciembre de aquel mismo año. Bien, que entre las ordinarias persecuciones de parte de los bahamas ó hechiceros y ancianos, crecía cada dia la mision con nuevas rancherías que se agregaban atraidas de la suavidad y regalos del padre. Entre estas, vino una á los dos meses tambien instruida en la doctrina cristiana, que movió al misionero á preguntarles como habian aprendido por ser de aquellos que no habia podido catequizar, y disponer el padre Sistiaga. Respondieron que no pudiendo esperar que fuese allá el padre por la distancia del lugar, ha-

bian solicitado un indizuelo cristiano que los enseñase. Con estos y otros semejantes sucesos, endulzaba el Señor las amarguras que causaban al celoso operario la rebeldía é ingratitud de algunos caciques que por varias veces intentaron darle muerte. Fueron estos singularmente dos, de quienes por último triunfó la mansedumbre del padre Juan Luyando, reduciéndolos á vida cristiana, y asistiéndolos hasta la muerte, que les sobrevino poco despues en la general epidemia que este año se padeció en toda la Nueva-España.

México, como la ciudad mas populosa del reino, fué la que principalmente sintió el estrago del sarampion. En esta, como en todas las ocasiones de igual naturaleza, se hizo muy digno de notar el celo, fervor y actividad con que sin perdonar á trabajo alguno, ni aun á la misma vida se sacrificaron los jesuitas á la salud del público. Celebrado ántes de la hora regular el santo sacrificio, se repartian nuestros operarios por los diversos cuarteles de la ciudad á asistir á las confesiones de los enfermos y ayuda de los moribundos, de donde el que mas temprano se restituia al colegio, era despues de medio dia. Tomada una ligera refaccion y algun tiempo para el oficio divino, volvian otra vez á la tarea hasta muy entrada la noche, y no pocas veces hasta la mañana siguiente, sin que en medio de tan continuada y penosa fatiga en el incesante comercio de enfermos y moribundos, enfermase y muriese alguno. No contentos con el socorro espiritual, repartian al mismo tiempo largas limosnas en alimentos, medicinas, en ropa para el abrigo de innumerables pobres, en reales, que parte de los mismos colegios se les daba para distribuir por sus manos, y por su medio las repartian muchas ricas y piadosas personas. A pesar de todas las precauciones que el Exmo. Sr. marqués de Casafuerte y todos los principales sujetos de la ciudad tomaban para apagar el incendio, no parece sino que le ministraban pábulo para nuevas creces. Agotados todos los remedios humanos, procuraron algunos devotos, por medio del Illmo. Sr. D. Carlos Bermúdez de Castro se sacase en procesion por toda la ciudad la imagen de nuestra Señora de Loreto, que se venera en nuestra iglesia de S. Gregorio. Salió efectivamente con extraordinario concurso y solemnidad. En el camino pasó el venerable dean y cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana, un oficio al padre provincial pidiéndole su beneplácito para conducir á la Catedral la Soberana imagen, y hacerle allí un solemne novenario. No pudo el padre Andrés Nieto dejar de condescender á la súplica del cabildo eclesiástico, que lo era de to-

Epidemia de sarampion.

da la ciudad, ni la piadosísima Madre de Dios dejar de manifestar cuanto se agradaba de aquel obsequio. Desde aquellos mismos dias se comenzó á hacer muy reparable la disminucion del mal, que á poco tiempo se acabó enteramente. En agradecimiento de tan señalado favor, determinó la ciudad asistir anualmente en cuerpo de cabildo á la fiesta que el dia 8 de setiembre se le hace en dicho seminario. Las sagradas religiones tomaron á su cargo los nueve dias ántes, venir á hacer á su costa un dia de la novena, como hasta ahora pocos años se ha practicado con edificacion de toda la ciudad y grande aumento de la devocion para con la santa Casa de Nazaret. †

1729.

A 1.º de abril del siguiente año de 1729 falleció en el colegio del Espíritu Santo de la Puebla el padre Andrés Montes, natural de Foncarral, lugar vecino á Madrid. Se crió en México en la casa de un rico hermano suyo, que á su ejemplo convirtió muy en breve en un observantísimo convento, sobre el que derramó el Señor copiosísimas bendiciones. El hermano, despues de tolerada pacientísimamente la mortificacion de la ceguera en los últimos años de su vida con anticipada noticia de su muerte, que de mucho ántes comunicó á sus correspondientes en España, falleció con singular opinion de santidad. La suegra y la muger de dicho caballero, acabaron ántes que él con la misma fama de virtud. Una hermana de dicha señora, que ántes de comenzar el padre Andrés sus estudios, le destinaban para esposa, murió en el convento de S. Bernardo con la singularísima prerogativa de haber segun pudo congeturarse por los dichos de dos confesores de uno y otro de haber conservado su integridad virginal en el estado del matrimonio en que vivió muchos años. Ejemplo maravilloso, y que en pocos santos casados lo venera la Iglesia; quien con tanto celo promovia las almas á la virtud en el estado seglar, bien se deja conocer con cuánto fervor se aplicaria al ministerio de las almas llamado de Dios á la Compañía ya ordenado de sacerdote. El padre Andrés Montes, trasplantado á la casa de Dios, se hizo luego muy singular en el fervor y aplicacion al confesonario y al púlpito. Es verdad que este camino por donde quizá la Compañía se habia prometido mucho fruto de sus trabajos, no era el que le tenia trazado la Providencia para nuestra edificacion. Despues de haber sido un apóstol en el siglo, no parece haberlo traído el

† No ha mucho que se conservaba en México la memoria del razonamiento al pueblo, que en esta vez hizo el padre Parreño, primer jesuita, promovedor del buen gusto en la Oratoria sagrada.—EE.

Señor á la religion, sino para un ejemplar de sufrimiento como á Job y un varon de dolores. De cuarenta y ocho años que vivia en la Compañía, cuasi los cuarenta fueron de habituales enfermedades en que su tolerancia, su obediencia aun á los mozos enfermeros, su mortificacion, pobreza, devocion y su modestia, fueron copiosísima materia á la edificacion de todo aquel colegio.

Al partido de S. Ignacio, del rectorado de Piaztla, en las misiones de la sierra de Topía, faltó tambien este año un insigne operario, y grande ejemplar de toda virtud en el padre Juan Boltor, á quien los misioneros en vida (vecinos) y en muerte dieron siempre el título de venerable. Lo merecia efectivamente, no tanto por su respetable ancianidad, que segun se creia, pasó de cien años, y cuando no, se acercó á ellos, cuanto por sus religiosas virtudes. Hombre siempre hambriento de la perfeccion, vigilantísimo en la observancia de las mas menudas reglas, aun en mas de setenta años de misionero, donde faltaron los ejemplares de hermanos fervorosos, y el cuidado de los celosos preladados, amantísimo de los pobres, con quienes repartia aun lo necesario para su persona, sustentándose de solo las limosnas que le ofrecian voluntariamente los indios. Sus conversaciones con los prójimos eran siempre de Dios, ó de cosas de espíritu. Daba muchos ratos á la oracion mental, los que le dejaban libres la administracion de sus pueblos, y sus espirituales ejercicios los daba á la poesia y pintura en que tenia absolutamente materia, y no otro objeto que las alabanzas á Dios, los misterios de la vida de Jesucristo y de María Santísima, ó las heroicas acciones de los santos, las que tan no apagaban, sino que servian de fomento á su meditacion. En estas piadosas ocupaciones, amado de Dios y de los hombres, lleno de dias y de merecimiento, pasó al Señor en 19 de julio. Ni es de omitir ya que hemos tocado las misiones de Topía, lo que poco ántes habia acontecido con un piadoso cacique. Hallábase este muy cercano á la muerte; pero con tal tranquilidad y regocijo de ánimo, que su serenidad y lo risueño de su semblante, dió no poco cuidado á los que le asistian. Un yerno suyo, llegando á la cabecera, le dijo con respeto: „Señor y padre mio, no es esta la hora de reirse, estando para dar cuenta á Dios: apartad la memoria de las cosas frívolas del mundo, y ponedla en las eternas de la otra vida.” A este prudente aviso. . . „No, hijo mio, respondió el buen anciano, no es el motivo de mi risa y gozo la memoria de las cosas de esta vida, que presto he de dejar, sino ántes la esperanza de los

eternos gozos que me prometo con tanta seguridad por los cortos obsequios con que segun mis fuerzas he procurado honrar y servir á la Santísima Virgen, y tambien á los sacerdotes y ministros de Jesucristo, dejándome gobernar por sus santos consejos. Haz tú otro tanto si quieres sentir semejante consuelo en esta hora.”

En la mision de Loreto en California, acabó su gloriosa carrera el padre Francisco María Piccolo, fundador en compañía del padre Salvatierra de aquella cristiandad, que cultivó con increíbles peligros por espacio de treinta y dos años, despues de haber estado seis ú ocho en las misiones de taramares altos, donde fundó la mision de *Carichic*. Fué siciliano de nacion, y vino ya sacerdote á la provincia, de un celo verdaderamente apostólico é incansable en procurar por todos los medios posibles la salud de las almas, especialmente de los gentiles, de una mansedumbre admirable para sufrir las groserías de aquellas naciones salvages, de una maravillosa pureza de conciencia, que á juicio de sus confesores jamás contaminó con alguna culpa mortal. Murió el dia 22 de febrero: en su muerte dieron sus amados californios bastantes pruebas de sentimiento y ternura con que le veneraban como á su mas antiguo padre y fundador. Por este tiempo se padecia mucho en todas las demas misiones de la California con la epidemia que habia ya cundido entre los indios, singularmente al Norte de la nueva mision de S. Ignacio. Entre estas penalidades, no faltaban al celoso misionero grandes motivos de consuelo. Tales fueron las sinceras conversiones y cristianas muertes de dos famosos bahamas ó hechiceros, que sus embustes y apostasias habian causado mucha inquietud á los neófitos y dado al mismo padre mucha materia de merecimiento. No fué de menor júbilo la reduccion de una ranchería llamada *Walimea* á la costa del mar del Sur. Un gentil de este pais, por la comunicacion de otros pueblos cristianos, tuvo alguna noticia de los misterios de nuestra religion y necesidad del bautismo. Era de una razon y entendimiento poco comun entre aquellos bárbaros, despejado, pronto y sagaz. La rectitud y santidad de las máximas cristianas aun ruda y groseramente propuestas por boca de sus paisanos, sin haber visto jamás alguno de los padres, le hicieron tan poderosa impresion, que desde luego determinó bautizarse. No contento con hacerlo él, procuró traer otros muchos, haciéndose el predicador y apóstol de su nacion. No pudo conseguirlo de todos, singularmente de los ancianos con quienes tal vez estuvo para llegar á las manos en el calor de la disputa; pero con los

de su familia y tal cual otro pariente y algunos amigos, partió á S. Ignacio, donde á pocos dias, bautizados todos, se volvieron llenos de consuelo. No tardó mucho en volver con nuevos prosélitos, hasta agregar al rebaño de Jesucristo toda su ranchería.

La prosperidad de estos sucesos con que se comenzó á abrir puerta al Evangelio por la playa del mar del Sur, se turbó en parte con una improvisa invasion de algunos salvages mas septentrionales, que ó por odio del cristianismo, ó por antiguas enemistades con la nacion de los cochimies, cayeron de un golpe sobre la mision de S. Ignacio, con muerte de dos cristianos. Creyó el padre Luyando que la mansedumbre y paciencia cristiana triunfaría de la inhumanidad de aquellos bárbaros, y así no permitió á sus neófitos que se vengaran, como intentaban, por las armas; mas la impunidad les dió nueva osadía, y llegaron á intentar la muerte del ministro, y el incendio de la mision. Fué forzoso entónces desengañarlos de que no era miedo ó cobardia la tolerancia de que habian usado hasta entónces. Se convocaron las vecinas rancherías cristianas en número de setecientos hombres de armas, de que se escogieron solo trescientos cincuenta. Se nombraron dos caudillos de valor y autoridad entre ellos: se les proveyó de toda clase de armas, todo con mucho orden, y cuanto mayor aparato fué posible, fabricado todo en la mision. A los dos capitanes se les dió orden de no matar á nadie, sino traer á cuantos se pudiesen tomar vivos, y acabada una novena á la Santísima Trinidad, llevando por bandera la Santa Cruz, marchó la tropa en busca del enemigo. Informado por las espías el capitan, gobernador del pueblo de S. Ignacio, que los enemigos descansaban en un aguaje cerca de la sierra, se acercó á ellos de noche, formando un cordón, que insensiblemente fué estrechándose hasta cerrarles todo el paso.

A la punta del dia, se levantó de todos un horrible alarido. Los enemigos que dormian sin el menor recelo, despertaron alarmados, y quisieron ponerse en defensa; pero los cristianos eran en mucho mayor número, bien armados, y les tenian cortado todo el paso. Era forzoso morir ó entregarse, no quedando arbitrio á la fuga: hubieron de poner los arcos en el suelo en señal de rendimiento. Pocos pudieron escaparse y dar aviso á otras cuadrillas mas distantes. Se trajeron en triunfo á S. Ignacio treinta y cuatro prisioneros, que fueron condenados á azotes. Se comenzó por el que habia cometido el homicidio; pero á pocos golpes los padres Sistiaga y Luyando, que se hallaban en

la mision, salieron á interceder por él y los demas prisioneros. Esta caridad los cautivó de manera, que aun sueltos ya de las prisiones, se quedaron por muchos dias en el pueblo pasmados de la hermandad con que todos los acariciaban, y procuraban hacerles olvidar las antiguas discordias. Pidieron que se bautizasen sus párvulos, y á su instancia se hubo de hacer en algunos, ménos en el hijo del principal cacique. Pareció desconsolado, y tanto, que del camino volvió pidiendo con lágrimas el bautismo para su hijo, y prometiendo volver con todos aquellos prisioneros y cuantos mas pudiese, á instruirse tambien y bautizarse. No pudieron negarse los padres á tan piadosos ruegos, y él cumplió exactamente su palabra dentro de pocos dias.

Con igual fervor, aunque con muy diferente fruto se trabajaba en Nayarit. Los fervorosos operarios tuvieron el desconsuelo de saber por medio de un indio fiel llamado *Francisco Javacué*, que algunos aun de los ya reducidos á los pueblos adoraban los antiguos ídolos. Señaló los lugares donde celebraban sus juntas, y añadió que por no haber querido tener parte en sus abominaciones intentaban matarlo. El padre Urbano Cobarruvias, á quien se hizo la delacion, pasó la noticia al gobernador del presidio, y en su compañía pasó tambien al lugar señalado: quemaron los ídolos é infame adoratorio; pero ni el capitán tenia fuerzas bastantes para hacerse temer de los apóstatas, ni su pequeña tropa, compuesta por la mayor parte de foragidos y gente malvada, tenían tanto celo como él, para empeñarse en vengar las injurias de la religion. Estos, engreidos con el título de conquistadores, y no creyéndose bastantemente recompensados, no procuraban sino atraerse á los indios, permitiéndoles todo, porque les descubriesen minas, ó les sirviesen en sus tratos y labranzas, ó les disimulasen los excesos de lascivia en sus mugeres y en sus hijas. Semejantes cristianos, bien claro está que habian de ser mas declarados enemigos de los ministros de Dios que los gentiles y apóstatas. Así á la pobreza y falta aun de lo mas necesario, á la imponderable aspereza de los caminos, á la rusticidad, inconstancia y malicia de los serranos, á la calurosa intemperie del clima, á los insectos y sabandijas molestísimas y aun ponzoñosas, tenían que añadir los celosos obreros las murmuraciones, los fraudes, los fingimientos, los malos modos, y aun las calumnias y declarados ódios con que los perseguian los presidiarios, impidiéndoles de cuantos modos podian aun los cortos alivios que permitia su situacion, y lo mas doloroso, imposibilitando cada dia mas la propagacion del Evangelio y sólido

establecimiento de la fé católica. Vino este año el padre Segura con un misionero: los demas vinieron despues con el procurador Filipino.

A 4 de noviembre de este año, en el nuevo pliego que vino, cumplidos los tres años de gobierno del padre Andrés Nieto, se halló nombrado provincial el padre *Juan Antonio de Oviedo*. En el siguiente de 1730, se agregó á los demas piadosos ejercicios que practican los congregantes de la *Buena Muerte* en la Casa Profesa, el cuidado de la casa real de los *Hormigos*. Este recogimiento de mugeres escandalosas habia fundádose en México, á instancias de la real audiencia para reclusion de aquella peste de la república. El Sr. rey D. Carlos II á fines del siglo antecedente, les habia comprado casa y dado algunas fincas de que sustentarse. Se aplicaron singularmente á promover obra de tanta piedad los Sres. y reales ministros *D. Francisco Saraza*, *D. Juan de Veguellina* y *D. Gaspar de Zepeda*; pero muerto el uno, enfermo por mucho tiempo el segundo, y pasando el tercero al coro de la Santa Iglesia de Puebla, presto por la incuria de los administradores vinieron á padecer aquellas infelices cuasi extrema necesidad. Noticioso de esto el padre Nicolás Zamudio, prefecto de dicha congregacion, á quien su caridad para con todo género de gentes le hacia como el refugio comun de todos los necesitados, trató con sus nobles congregantes hacerse cargo de fomentar con sus limosnas á aquellas miserables. No fué difícil conseguirlo de tan caritativos y liberales ánimos, y junta competente cantidad, se renovó su antigua habitacion, se pusieron en buen corriente sus antiguas fincas, y se impusieron á réditos para su sustento algunos miles. Se les introdujo agua, de que carecian. El padre prefecto asistia con frecuencia á confesarlas, y hacerles exhortaciones morales, y algunos otros padres las cuaresmas. Los congregantes con su prefecto en determinados dias les llevaban el alimento con bastante abundancia, les proveian de vestido á las que lo necesitaban, y repartian en reales competentes limosnas.

En la California se trataba entre tanto de una nueva fundacion ácia la parte del Sur y cabo de S. Lúcas que es la punta mas meridional de la península que habitan los uchitíes, coras y parte de los guaicuros. Se habia, como vimos, por los años de 21 fundado allí la mision de Santiago; pero quedaban aun muchos gentiles que causaban inquietudes. El capitán del presidio hizo muchos viages para sujetarlos y hacerlos entrar en su deber. En estas diferentes ocasiones los coras del cabo de S. Lúcas le instaron siempre por ministros, y creyendo que este

1730.  
Es nombrado provincial el padre Oviedo